

Desde pequeña, recién salida de la infancia, Sóniechka se sumergió en la lectura. Su hermano mayor, Yefrem, el bromista de la familia, no se cansaba de repetir la misma gracia, que sonaba ya pasada de moda en el momento de su invención: «¡De tanto leer, a Sóniechka se le ha puesto el culo en forma de silla y la nariz en forma de peral!»

Por desgracia, no pecaba de exagerado: en efecto, su nariz tenía la forma desgarbada de una pera, y Sóniechka, larguirucha, de espaldas anchas, con las piernas huesudas y unas nalgas planas, solo tenía una forma bien definida: unos pechos grandes, desarrollados demasiado pronto y añadidos, como sin venir a cuento, a su cuerpo delgado. Sóniechka encogía los hombros, se encorbaba y se ponía vestidos talares, avergonzada de esa abundancia inútil por delante y de su desoladora planicie por detrás.

Compasiva, su hermana mayor, casada desde hacía tiempo, subrayaba con generosidad la belleza de sus ojos. Pero eran unos ojos de lo más normal, pequeños y marrones. Es cierto que tenía unas pestañas de una exuberancia insólita, que le crecían en tres filas y le estiraban hacia arriba el borde hinchado de los párpados, pero esto, más que ser un rasgo atractivo, era incluso un estorbo, porque Sóniechka, miope desde niña, llevaba gafas...

Durante veinte años, de los siete a los veintisiete, Sóniechka leyó sin interrupción. Cuando se sumía en la lectura era como si entrara en trance y solo volvía en sí al pasar la última página del libro.

Atesoraba para la lectura un talento excepcional, tal vez una suerte de genio. Su capacidad de respuesta a la palabra impresa era tan grande que los personajes de ficción estaban a la par de las personas de carne y hueso, parientes y amigos, y el sufrimiento sublime de Natasha Rostova junto al lecho del moribundo príncipe Andréi¹ era tan auténtico para ella como el dolor desgarrador de su hermana cuando perdió a su hija de cuatro años por un estúpido descuido. Mientras hablaba con la vecina, no se dio cuenta de que la niña, regordeta, torpe y de ojos lentos, se caía dentro de un pozo...

¿Qué era aquello? ¿Una falta de comprensión total del elemento lúdico inherente a cualquier arte, la credulidad pasmosa de una niña que no ha crecido, la falta de imaginación que lleva a borrar la frontera entre ficción y realidad, o bien, por el contrario, una huida obstinada al reino de la fantasía donde todo lo que quedaba fuera de sus límites perdía el sentido y la sustancia?

La devoción de Sóniechka por la lectura, que se había convertido en una forma leve de locura, no cesaba de avivarse mientras dormía. Parecía incluso que leyera sus sueños, imaginando novelas históricas trepidantes. Según la naturaleza de la acción, adivinaba el estilo de la tipografía del libro y, por extraño que parezca, sentía aflorar los párrafos y las sangrías. Este

desplazamiento interior asociado a su pasión enfermiza se redobla incluso durante el sueño, y allí aparecía como heroína o héroe de pleno derecho, existiendo en la sutil frontera entre la voluntad percibida del autor, de la cual era consciente, y su propio deseo de movimiento, de aventura, de acción...

La Nueva Política Económica² daba sus últimos coletazos. Su padre, descendiente de un herrero de un *shtetl* bielorruso, un mecánico vocacional no desprovisto de sentido práctico, liquidó su taller de relojería y, sobreponiéndose a la aversión innata que le causaba cualquier tipo de producción en serie, se puso a trabajar en una fábrica de relojes, desahogando su espíritu inquieto por las tardes con la reparación de mecanismos únicos, creados por las manos ingeniosas de antecesores de diferentes razas.

Su madre, que hasta el día de su muerte había llevado una peluca ridícula bajo un pañuelo de lunares, cosía a escondidas con su máquina Singer, y confeccionaba vestidos de percal sin pretensiones para sus vecinas, en sintonía con aquella época ruidosa y mísera, en la que todos sus temores se reducían para ella en la terrible figura del inspector fiscal.

Sóniechka, por su parte, una vez aprendida la lección, se las ingeniaba cada día y a cada instante para evitar la imposición de vivir en los patéticos y estridentes años treinta, llevando a apacentar su alma por las vastas extensiones de la gran literatura rusa, hundiéndose en los angustiosos abismos del sospechoso Dostoievski para luego emerger en las umbrosas alamedas de Turguéniev, o en las casas solariegas de provincia, caldeadas por el amor generoso y sin principios de Leskov, que, por alguna razón, era tenido por un escritor de segunda.

Se graduó en la escuela técnica de biblioteconomía, empezó a trabajar en el depósito subterráneo de una vieja biblioteca, y era uno de esos pocos seres afortunados que abandonaba su sótano sofocante y polvoriento tras finalizar la jornada laboral con una leve punzada por el placer interrumpido, sin haber llegado a hartarse de las fichas de catálogo ni de las hojas blanquecinas de las peticiones que le llegaban desde la sala de lectura, en el piso de arriba, ni del peso vivo de los tomos que cargaba con sus delgados brazos.

Durante muchos años consideró la escritura en sí misma como un acto sagrado: el escritor menor Pávlov, Gregorio Palamás y Pausanias eran vistos como autores igualmente dignos por el mero hecho de ocupar un espacio en la misma página de la enciclopedia. Con los años había aprendido a distinguir por sí misma, en el vasto océano de libros, las olas grandes de las pequeñas, y las pequeñas de la espuma costera que inundaba casi por entero los ascéticos estantes de la sección de literatura contemporánea.

Después de pasar varios años de enclaustramiento monacal en el

depósito de libros, Sóniechka se dejó convencer por su jefa, una lectora no menos obsesiva que ella, y decidió matricularse en la universidad, en la Facultad de Filología Rusa. Comenzó a estudiar el temario, tan extenso como absurdo, y, cuando estaba a punto de presentarse a los exámenes de acceso, de pronto todo se desmoronó. De un día para otro el panorama cambió: estalló la guerra.

Probablemente fue el primer acontecimiento en su joven vida que la sacó del nebuloso mundo de lectura permanente en el que habitaba. Junto con su padre, que entonces trabajaba en una fábrica de herramientas, fue evacuada a Sverdlovsk,³ donde muy pronto fue a parar al único lugar seguro de la ciudad: el sótano de la biblioteca...

No está claro si se trataba de una tradición arraigada desde hace mucho tiempo en Rusia: conservar los valiosos frutos del espíritu, como se hace con los frutos de la tierra, en un frío sótano, o si se trataba de una vacuna administrada a Sóniechka en previsión de los diez años siguientes que iba a pasar junto con un «hombre del subsuelo», su futuro marido, que se le apareció en aquel primer año de evacuación, desesperadamente difícil...

Robert Víktorovich se presentó en la biblioteca un día en que Sóniechka sustituía a la encargada del préstamo bibliotecario, que se había puesto enferma. Era un hombre de baja estatura, cabello cano, enjuto, y no habría llamado la atención de Sóniechka si no le hubiera preguntado dónde se encontraba el catálogo de libros en francés. La biblioteca contaba con libros en francés, por supuesto, pero el catálogo hacía tiempo que se había extraviado debido a la falta de uso. A esas horas de la tarde, poco antes del cierre, no había más visitantes en la sala, y Sóniechka acompañó a aquel insólito lector al sótano, rumbo al extremo oeste de Europa.

Durante un buen rato se quedó frente a la estantería, con la cabeza inclinada hacia un lado, y la expresión hambrienta y maravillada de un niño delante de una bandeja de pasteles. De pie detrás de él, Sóniechka, que le sacaba media cabeza, se había quedado inmóvil, dominada por la emoción.

Se volvió hacia ella, le besó de improviso la mano delgada y, con una voz baja y trémula, como la luz azulada de las lámparas que velaron los resfriados de su infancia, le dijo:

-Qué maravilla... Qué lujo... Montaigne... Pascal... -Y, sin soltarle la mano, añadió con un suspiro-: ¡Y además en las ediciones de Elsevier!

-Tenemos nueve Elsevier... -señaló con orgullo Sóniechka, emocionada, a quien le habían cundido los estudios de bibliología.

Él la miró de una manera extraña, desde abajo pero como desde arriba, sonrió con sus labios finos, revelando una boca mellada, dudó como si fuera a decir algo importante, pero, cambiando de idea, dijo:

-Por favor, hágame la tarjeta de lector, o como sea que se llame...

Sonia retiró la mano, olvidada entre las palmas secas de él, y subieron por la escalera, cuyo frío voraz arrebató el más mínimo calor de cualquier

pie que la tocara... Allí, en la salita minúscula de aquella vieja mansión que había pertenecido a un comerciante, escribió por primera vez, de su puño y letra, ese apellido, completamente desconocido para ella antes, pero que se convertiría también en el suyo exactamente dos semanas más tarde. Y mientras ella escribía unas torpes letras con un lápiz indeleble que le bailaba ligeramente entre sus guantes de lana zurcida, él contemplaba su frente despejada y sonreía para sus adentros, pensando en el extraño parecido que guardaba con un joven camello, animal paciente y manso. «Incluso el color», pensó él. «Atezado, con la triste opacidad del ámbar, rosado, cálido...»

Sóniechka dejó de escribir y se subió con el dedo índice las gafas, que se le habían deslizado por la nariz. Lo miró con aire amable, sin interés, pero expectante: no le había dicho la dirección.

Sin embargo, él estaba sumido en un profundo desasosiego causado por la certidumbre, que se había abatido sobre él de una manera tan inesperada como un chaparrón un día de cielo claro y sereno, de estar cumpliendo su destino: se dio cuenta de que delante de él estaba su mujer.

El día antes había cumplido cuarenta y siete años. Era una leyenda viva, pero esa leyenda, debido a su repentino y, según creían sus amigos, inmotivado regreso a su tierra natal desde Francia a principios de los años treinta, parecía haberse escindido de él y vivía una vida autónoma en las moribundas galerías de arte del París ocupado, junto con sus extraños cuadros, que habían estado a punto de perderse y que, aunque habían sufrido la denigración y el olvido, conocerían la resurrección y la fama póstuma. Pero él no sabía nada de todo eso. Con un chaquetón guateado negro lleno de quemaduras y una toalla gris alrededor del cuello del que sobresalía una enorme nuez, él, el más feliz de los desventurados, que acababa de cumplir una mísera pena de cinco años y que ahora trabajaba como pintor para la dirección de la fábrica, se plantó ante aquella joven torpe y sonrió mientras comprendía que estaba a punto de producirse una nueva traición, una de las que tanto abundaban en su vida dispersa: había traicionado la fe de sus antepasados, las esperanzas de sus padres, el amor de su maestro; había traicionado la ciencia, así como roto despiadada y brutalmente lazos de amistad en cuanto sentía que eran unos grilletes para su libertad... Esta vez traicionaba la promesa de celibato, una promesa que, dicho sea de paso, no iba ligada al voto de castidad, y que se remontaba a la época de su éxito precoz y engañoso.

Amaba a las mujeres y no se privaba de su compañía; había bebido abundantemente de ese manantial inagotable, pero preservaba con cautela su independencia, pues temía convertirse él mismo en presa del elemento femenino, que es tan paradójicamente generoso con los que toman de él y tan destructivamente cruel con los que dan.

Entretanto, el alma serena de Sóniechka, envuelta en su capullo de miles

de libros leídos, arrullada por el murmullo brumoso de los mitos griegos, la estridencia hipnótica de las flautas medievales, la melancolía ventosa y nublada de Ibsen, el tedio detallado de Balzac, la música astral de Dante, el canto de sirenas de las voces penetrantes de Rilke y Novalis, seducida por la desesperación moralizante y celestial de los grandes escritores rusos, aquella alma serena de Sóniechka no había reconocido su minuto de gloria: sus pensamientos solo estaban ocupados en decidir si estaba asumiendo un riesgo al prestar a ese lector unos libros que solo se podían consultar en la sala de lectura...

-¿Su dirección? -le preguntó con dulzura Sóniechka.

-Bueno, verá, estoy destinado temporalmente aquí. Vivo en las oficinas de la fábrica -explicó el extraño lector.

-Entonces deme su pasaporte y el permiso de residencia, por favor -le pidió Sóniechka.

Rebuscó en las profundidades de un bolsillo y sacó un certificado arrugado. Sóniechka lo examinó a conciencia a través de sus gafas, después sacudió la cabeza.

-No, lo siento. No está domiciliado aquí...

Cibeles le sacó su lengua roja, y él pensó que todo estaba perdido. Se metió el certificado de nuevo en el fondo del bolsillo.

-Haremos lo siguiente -le propuso Sóniechka con tono de disculpa-. Los sacaremos a mi nombre y antes de marcharse los devuelve.

Entonces él comprendió que todo iba bien.

-Solo le ruego que los trate con cuidado... -añadió ella, con voz suave, y envolvió los tres pequeños volúmenes en un papel de periódico manoseado.

Él le dio las gracias lacónicamente y se fue.

Mientras Robert Víktorovich pensaba con aborrecimiento en las técnicas de aproximación y las penurias del galanteo, Sóniechka terminaba sin premura su largo día de trabajo y se preparaba para volver a casa. No estaba preocupada ya por los tres valiosos libros que había prestado con despreocupación al desconocido. Todos sus pensamientos los acaparaba el camino de regreso a casa a través de la fría y oscura ciudad.

No se puede decir que esos peculiares ojos femeninos que, como el místico tercer ojo, se abren en las niñas a una edad muy temprana en el caso de Sonia estuvieran cerrados del todo, sino que más bien los tenía entornados.

Al principio de su adolescencia, hacia los catorce años, como si obedeciera un programa ancestral de familia, según el cual durante milenios se entregaba a las muchachas a esa tierna edad en matrimonio, Sóniechka se enamoró de su compañero de clase, el apuesto Vitka Stárostin, de nariz respingona. Ese enamoramiento se expresaba únicamente en el deseo

incontrolable de mirarlo, y sus ojos inquisidores no tardaron en captar la atención no solo del propietario de la encantadora carita de muñeca sino también del resto de compañeros de clase, que descubrieron esa curiosa atracción antes de que la propia Sonia se diera cuenta.

Ella se esforzaba por dominarse e intentaba dirigir su mirada hacia otro lugar –el rectángulo de la pizarra, sus cuadernos, la ventana polvorienta–, pero sus ojos, con la obstinación de la aguja de una brújula, regresaban por sí mismos a la nuca castaño claro y se empeñaban en cruzarse con aquellos imanes azules, fríos... Incluso su amiga Zoya, que se compadecía de ella, le susurró que dejara de devorarlo con la mirada. Pero Sóniechka no podía evitarlo. Sus ojos exigían, codiciosos, la ración de su nuca favorita.

Todo acabó de la manera más horrible e inolvidable. Cansado de soportar el peso de aquella mirada enamorada, el brutal Oneguín citó a su silenciosa admiradora en el callejón lateral de una pequeña plaza, y allí le estampó dos bofetadas indoloras pero mortalmente humillantes, acompañadas de las carcajadas aprobatorias de cuatro compañeros escondidos en los arbustos, a los que se les habría podido reprochar su corazón despiadado, si todos esos jóvenes espías no hubieran muerto durante el primer invierno de la guerra que se avecinaba.

La lección magistral impartida por el caballero de trece años fue tan convincente que la niña cayó enferma. Guardó cama con fiebre alta durante dos semanas. Al parecer, el fuego del amor la abandonó de esta manera tan clásica. Cuando se restableció y volvió a la escuela con la expectativa de recibir una nueva humillación, su trágicómica aventura había quedado totalmente eclipsada por el suicidio de la chica más bella de la escuela, Nina Borísova, que se había ahorcado en el aula después de las clases de la tarde.

Por lo que respecta al héroe con corazón de piedra, Vitka Stárostin, para alegría de Sóniechka, se había mudado con sus padres a otra ciudad, y la dejó con la amarga convicción de que su biografía como mujer se había agotado, lo que la liberaba para el resto de su vida de la necesidad de gustar, seducir, fascinar. Hacía las compañeras de clase con más éxito ni le carcomía la envidia ni la cegaba el resentimiento. De nuevo se dio en cuerpo y alma a su ardiente pasión: la lectura.

... Robert Víktorovich volvió dos días más tarde, cuando Sóniechka ya no trabajaba en la sala de lectura. La mandó llamar. Ella subió del sótano, emergiendo a trompicones de aquel agujero oscuro, le llevó un rato reconocerlo con sus ojos miopes, después lo saludó con la cabeza como si fuera un viejo conocido.

Él le acercó una silla:

–Siéntese, por favor.

En la pequeña sala había varios lectores bien abrigados. Hacía frío y la calefacción apenas funcionaba.

Sóniechka tomó asiento en el borde de la silla. Un gorro con orejeras

naciera el niño, pero Sonia estaba decidida a acompañar a su marido; además, Robert Víktorovich tampoco quería separarse de su mujer. Este fue el único punto donde una sombra de insatisfacción se abatió sobre la relación entre el viejo relojero y su yerno. El anciano, que a esas alturas ya había perdido a un hijo y a su otro yerno, se sentía cercano a Robert Víktorovich, sin necesidad de intercambiar palabras. No es que las diferencias de estatus social, en un mundo en el que se habían invertido todos los valores, carecieran ahora de importancia, pero se revelaba el carácter ficticio de los supuestos privilegios del intelectual sobre el proletario. Por lo que respecta a todo lo demás, sin embargo, compartían la parte sumergida del iceberg cultural...

La familia ayudó a preparar la partida de Sonia en veinticuatro horas: el plazo de tiempo que le concedieron a Robert Víktorovich para terminar todas sus tareas. Su madre, vertiendo lágrimas amargas, hacía los dobladillos de los pañales a toda prisa y, armada con una fina aguja, respunteaba con ternura camisitas con retazos de sus viejas camisas. La hermana mayor de Sonia, que acababa de perder a su marido en el frente, tricotaba unas botitas diminutas de lana roja, con la mirada ausente. El padre, que había conseguido un *pud* de mijo,⁴ lo repartía en saquitos sin dejar de mirar con aire incrédulo a Sonia, que, aunque estaba ya casi en su noveno mes de embarazo, había adelgazado tanto en los últimos tiempos que ni siquiera había tenido que correr los botones de la falda, y su estado se adivinaba no tanto por los cambios en su figura como por la cara levemente deformada y sus labios hinchados.

-Una niña, será una niña -dijo la madre en voz baja-. Las niñas siempre absorben la belleza de la madre...

La hermana de Sonia asentía con indiferencia, mientras Sóniechka sonreía, confusa, y se repetía a sí misma: «Señor, que sea una niña... Y rubita, si es posible...»

Un ferroviario que los conocía los metió en plena noche en un pequeño convoy de tres vagones que se encontraba a un kilómetro y medio de la estación, en un vagón que aún conservaba huellas de su origen noble en forma de paneles de madera de buena calidad. Sin embargo, hacía tiempo que les habían arrancado los asientos mullidos y las mesitas abatibles, y el lujo del pullman fue sustituido por bancos de madera.

Tardaron día y medio en hacer el trayecto de Sverdlovsk a Ufá, en un vagón abarrotado de pasajeros y, durante todo el trayecto, Robert Víktorovich, quién sabe por qué, se acordó de un viaje alocado que había hecho en su juventud a Barcelona, adonde se apresuró cuando consiguió su primera suma importante de dinero, en 1923 o 1924, para conocer a Gaudí.

Sóniechka durmió tranquila la mayor parte del trayecto, hundiendo los

pies en un montón de mantas mullidas y con el hombro apoyado sobre el pecho delgado de su marido, mientras él recordaba la calle sinuosa y en pendiente donde se encontraba su hotel, la pequeña fuente redonda y sencilla frente a la ventana, la tez morena y la nariz cincelada de una prostituta de una belleza extraordinaria con la que había estado de juerga a lo grande durante toda aquella semana en Barcelona. Buscaba en la memoria y encontraba con facilidad recuerdos claros y vívidos: la cara de mochuelo del camarero en el restaurante del hotel, los magníficos zapatos trenzados de piel de ternero color paja que compró en una tienda con un enorme letrero azul, «Homero», e incluso el nombre de aquella chica de Barcelona: Concetta... Era italiana, una emigrante originaria de los Abruzos... Gaudí no le había gustado, en absoluto... Ahora, un cuarto de siglo después, aún veía con detalle aquellas extrañas construcciones, completamente vegetales, todas ellas artificiales, inverosímiles...

Sóniechka estornudó, se despertó a medias y murmuró algo. Él apretó su mano somnolienta, volvió a los alrededores de Ufá, a los parajes remotos de la salvaje Baskiria, y sonrió meneando perplejo su cabeza gris: «¿Fui yo el que estuvo allí? ¿Soy yo el que está aquí ahora? No, la realidad no existe...»

La maternidad adonde Robert Víktorovich llevó a Sóniechka cuando salió de cuentas, ante los primeros síntomas de que el parto era inminente, se encontraba en las afueras de un pueblo grande y llano, en una zona sin árboles ni vegetación. El edificio estaba construido con ladrillos de arcilla mezclados con paja, era sórdido y tenía unas pequeñas ventanas opacas.

El único médico era un hombre rubio de mediana edad con una piel blanca y fina que se ruborizaba con facilidad, *pan Żuwalski*,⁵ un refugiado polaco, que en el pasado había sido un médico reputado en Varsovia, un hombre de mundo y amante del buen vino. Estaba de espaldas a los visitantes que acababan de entrar, resplandeciente con su bata de un blanco azulado, incongruente con aquel lugar pero tranquilizadora, mordisqueaba las puntas de su bigote rubio y limpiaba los cristales de sus gafas grandes con una gamuza. Varias veces al día se arrojaba a la ventana y contemplaba la tierra informe cubierta de matojos sucios en lugar de las armoniosas avenidas Jerozolimskie, a la que daban las ventanas de su clínica de Varsovia, y se enjugaba los ojos llorosos con un pañuelo inglés de cuadros rojos y verdes, el último que le quedaba...

Acababa de examinar a una baskiria de edad madura, que había recorrido cuarenta verstas a caballo, y gritó a la enfermera: «Lave a la señora», y ahora estaba allí, intentando controlar un involuntario temblor de resentimiento en el pecho, recordando con añoranza a sus pacientes de piel satinada, el olor dulzón a leche de sus preciados y cuidados genitales.

Se volvió al notar la presencia de alguien detrás, y descubrió, sentada en